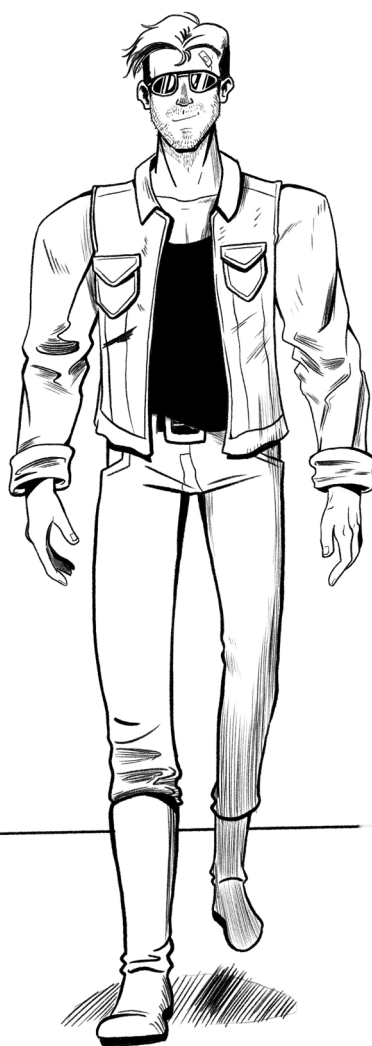


Autor: Abilio Ayuso

ÁNGEL VENGADOR

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



Hay quien no cree en brujas, sin embargo, otros piensan que sí que existen capaces de conjurar fuerzas del más allá.

Esta historia esotérica y romántica va precisamente de eso.

Me gusta relacionarme con todo el mundo, excepto los cuatro bordes que siempre hay en cualquier grupo numeroso, pero prefiero que mis amistades íntimas sean mujeres, como yo, porque una amistad profunda con hombres puede dar lugar a malas interpretaciones por parte de ellos.

Incluso entre las chicas he tenido que parar los pies a alguna lesbiana que yacía agazapada dentro del armario y fue a por todas cuando pensó que me encontraba en un momento de debilidad, como el haber bebido alguna copa de más.

Sin embargo, con Ángel fue distinto, tal vez por su belleza etérea, por ser de un país nórdico o por su estilo tan deportivo y alejado del macarrucismo chulesco que muchos guapos se gastaban, el caso es que no creí necesario ponerle las habituales barreras tendentes a dejar las cosas claras.

Llegó a nuestra universidad en un intercambio de estudiantes trasladándose directamente desde su país con un todoterreno que parecía, al igual que él mismo, recién llegado de un safari por Kenia, su melena de color miel y su barba, junto con su vestuario y modales, le daban aspecto de aventurero romántico. Alquiló un pequeño apartamento en la playa, a unos cuantos kilómetros de la universidad, al que iba y volvía cada día con su vehículo.

Era amigo de todo el mundo, se apuntaba a cualquier fiesta y era galante con las mujeres, sobre todo con las menos agraciadas, pero sin demostrar interés por ninguna en particular, ese desinterés era el que le hacía más atractivo aún, sobre todo entre las bellezas oficiales de la clase a las que incluso prestaba menos atención que a las feitas.

Hubo especulaciones sobre si sería gay, pero algún auténtico gay de la clase pronto descubrió por las malas que esa no era su afición.

Nuestra amistad se inició por el hecho de que le tocó sentarse en el puesto vacío que había a mi lado y un día en que la clase se alargaba más de lo habitual y maldije por la posibilidad de perder el autobús, se ofreció a llevarme con toda amabilidad, ya que mi casa estaba en la misma dirección que él debía tomar para llegar a su apartamento, me dejó en la

puerta y se despidió diciendo: “Todos los días paso por aquí delante, no hace falta que camines hacia la parada, si quieres te recojo a las ocho”.

De esa manera tuve chofer gratis todos los días, lo cual me parecía estupendo ya que no debía preocuparme de caminar hasta el incómodo autobús y depender de sus impuntualidades.

Un día en que nos comunicaron que, debido al fallecimiento de uno de los profesores al día siguiente no habría clase, me dijo en voz baja: “Un día perfecto para ir a la playa, ¿Quieres venir?”.

Por supuesto accedí encantada y al día siguiente se presentó puntualmente frente a mi casa con su todoterreno al que había incorporado una pequeña Zodiac bien sujeta del portaequipajes superior.

Llegamos a un lugar pedregoso y nada apetecible en donde la gente no acostumbraba a bañarse, y tal vez adivinando mi decepción me comentó: “Esto es sólo el punto de salida, he descubierto una cala preciosa cerca de aquí”.

Efectivamente. En tres minutos estaba la Zodiac en el agua con su pequeño motor ronroneando y llevándonos con su marcha suave hasta un pequeño pasaje entre las rocas en el cual hubiera encallado cualquier otra embarcación mínimamente más grande, llegamos a motor parado con cuatro hábiles golpes de remo hasta un rincón en el que lucían unos pocos metros cuadrados de arena blanca.

De una bolsa abultada sacó un pareo enorme con el que cubrió gran parte de la arena y me comentó: “Yo en mi país haría naturismo en un sitio así, pero tal vez en el tuyo no resulte correcto”.

De alguna manera me ofendió que pensara que su país estaba varios niveles por encima en este tipo de cuestiones y contesté: “En absoluto, todo depende del lugar, aquí tenemos playas nudistas”.

Su respuesta lógica fue quitarse el bañador y decir: “Pues entonces éste es un lugar perfecto porque no nos ve nadie”.

Reconozco que me daba vergüenza desnudarme por completo, aunque ya de por sí mi bikini era pequeño, pero mi amor propio pudo más y dejándolo encima del pareo contesté: “Pues tienes razón”.

Con cualquier otro compañero de clase me hubieran saltado todas las alarmas al estar desnudos en un sitio tan recóndito compartiendo un pareo, pero estaba convencida de que Ángel era diferente, nadamos, buceamos, tomamos los bocadillos y cervezas que él había traído, hablamos, reímos y hasta en el límite de la osadía le pedí que me pusiera protector solar en la espalda, aunque me aterrorizó cuando siguió por las nalgas diciendo: “Aquí necesitas doble ración, estás muy blanca”, pero lo hizo con la ortodoxia de un cirujano y no hubo problema alguno.

Estoy convencida de que de no haber tenido novio hubiera surgido una aventura con Ángel, pero en esto soy mujer de una sola pieza, tal vez algo chapada a la antigua.

En nuestra clase existían tres “diosas” convencidas de que podían manejar a cualquier hombre a su capricho como si fuera un títere, competían entre ellas para ver quien era la más rompecorazones, tratando a los compañeros masculinos con absoluta altanería, la verdad es que me caían mal, sobre todo cuando en distintas ocasiones habían jugado con los sentimientos de Genaro, un amigo mío muy apocado y romántico al que habían hecho sufrir una detrás de otra como gato al ratón.

En principio les había molestado y extrañado que un individuo como Ángel acompañara a una chica considerada normalita, como yo, y no les prestara atención a ellas, de forma tácita se estableció una pugna entre las tres para ver quien conseguía ligárselo para luego dejarlo tirado como un trapo, como no se andaban con demasiados disimulos era la comidilla de toda la facultad e incluso se establecieron apuestas para ver cuál de ellas lo conseguía.

Yo pensaba que con lo inteligente que parecía, Ángel tendría caladas aquellas tres zorras, por eso me extrañó cuando me dijo guiñándome un ojo: “Hoy no puedo acompañarte, tengo un compromiso” y a la salida vi su compromiso, era Patricia, una de las tres lagartas que con aire triunfante subió en su Jeep.

Sin embargo, a la mañana siguiente Ángel estaba con su coche en mi puerta, había venido a buscarme fielmente, después del primer saludo no pude reprimir las ganas de decirle: “Vaya con el compromiso de ayer, una de las tres diosas”.

Sonrió y me dio una respuesta muy enigmática: “Desde ahora hasta final de curso no te sorprendas de lo que yo haga ni me juzgues mal, te prometo que antes de marchar te explicaré el porqué de todo”.

La primera cosa sorprendente fue que la endiosada Patricia al cabo de unos días bebía los vientos por Ángel en lugar de ser al revés, se mostraba ansiosa por estar siempre con él, hasta llegando a rozar el ridículo, también se comentaba que los fines de semana se trasladaba a vivir a su apartamento de la playa.

El mazazo llegó el día en que Ángel puso una excusa para no salir con ella y por el contrario apareció muy acaramelado con Eva, la segunda diosa, resultaba increíble ver a la siempre altanera y gélida Patricia retirase llorando en mitad de la clase y alegar baja por depresión para faltar al curso durante una semana. Cuando volvió estaba ojerosa y desmejorada, no era ni sombra de la princesita que parecía antes.

Y la escena se repitió calcada cuando Ángel se enrolló con Elena dejando a Eva plantada, en los ojos de Patricia, la primera despechada, podía observarse un brillo de alegría malsana.

El curso estaba acabando, Ángel seguía viniendo a buscarme cada mañana, aunque por las tardes tenía que atender a su diosa de turno, cuando yo medio en broma le decía que estaba hecho un Casanova, me recordaba aquella conversación en que me dijo que de momento no le juzgara por sus actos y que al final el mismo me daría toda clase de explicaciones.

Como remate del curso estaba la ceremonia del baile de gala, en el que cada cual trataría de lucir estupendamente y acompañado de la pareja más rutilante.

Elena obligó a Ángel a comprarse un precioso traje de gala y complementos apropiados, mi novio dijo que trataría de obtener un permiso y acompañarme, me hacía ilusión lucir un apuesto galán con su elegante uniforme de teniente de la fuerza aérea.

Pero finalmente todo se torció, a última hora me dijo que le habían denegado el permiso y me quedé compuesta y sin novio, ya me veía acudiendo a la fiesta con mi precioso vestido, pero sola como un mochuelo cuando recibí una llamada de Ángel que se sopetón me soltó: “¿Tienes pareja para el baile de esta noche?”.

“Pues no, me han dado plantón a última hora”.

“Perfecto, pues arréglate que te paso a buscar”.

“Pero... ¿No te habías comprometido con Elena?”.

“Huy, eso es agua pasada, ya te explicaré”.

En cuanto me recogió, con su precioso traje nuevo, lo primero que le pregunté fue: “¿Qué pasa, Elena también te ha dado plantón?”.

“No exactamente, es que hemos roto, pero ella aún no lo sabe”.

“No me jodas que se va a presentar y se va a llevar el chasco de verme contigo”.

“La verdad es que sí”.

“Oye, no me gusta nada este papel, ¿Cuál es el próximo movimiento, intentar ligarme a mí y luego dejarme tirada para poder hacer otra muesa en tu cinturón de Don Juan?”.

“A ti nunca he intentado ligarte ni haría lo más mínimo que te molestara”.

“¿Y a ellas sí?”.

“Creo que ha llegado el momento de dar explicaciones”.

“Sí, o de lo contrario te acompañará tu tía al baile”.

“¿Recuerdas que me hablaste de Genaro y como las tres diosas habían jugado con sus sentimientos?”.

“Por supuesto que me acuerdo”.

“Pues resulta que su madre es bruja, capaz de conjurar seres extra dimensionales”.

“Hombre, un poco mística sí que parece, pero tanto como para conjurar a los demonios...”.

“A los demonios y a los ángeles vengadores”.

Un escalofrío recorrió mi espalda a pesar de que con todo el aplomo respondí: “Anda ya, me vas a hacer creer que tú...”.

“Cree lo que quieras, pero yo mañana dejaré de habitar en vuestra dimensión”.

“Vale, digamos que no te creo, pero si estás embarcado en una misión sagrada para vengar al pobre Genaro te seguiré el juego porque realmente se lo merece”.

“Perfecto, debo pedirte que te muestres muy acaramelada y romántica conmigo, no hace falta que me pegues un morreo brutal, pero un piquito de vez en cuando... ¿Por qué no?”.

“Ufff, ¿Y si se entera mi novio?”.

“Siento decirte que él ya no es tu novio, en realidad no le han denegado el permiso, sino que la cadete con la que está saliendo le ha prohibido que venga”.

“Vaya, ahora resulta que tienes poderes psíquicos”.

“Es normal dado que pertenezco a un plano espiritual superior, puedes no creértelo, pero de una forma u otra ya te enterarás”.

“Pues si es verdad me cabrearé, yo aquí siéndole fiel como una imbécil y él poniéndome más cuernos que un alce”.

“Ya te puedes cabrear y no hace falta que esta noche le seas tan fiel, de todas formas, no te preocupes, tendrá su merecido, le hará desgraciado e incluso intentará retomar vuestra relación”.

“Pues lo mandaré a tomar por culo”.

“Harás bien”.

“Vale, señor con poderes, ¿Algún consejo para rehacer mi vida si resulta como tú dices?”.

“Lo tienes al alcance de la mano, un diamante al que sólo hay que limpiarle un poco el polvo”.

“Pues no caigo”.

“Genaro, él te dará una buena vida y te hará feliz”.

“Huy que peligro, una suegra bruja que si un día tengo una bronca con su hijo me convierta en sapo”.

“No te confundas, ella es una mujer muy bondadosa, un espíritu elevado, nunca haría daño a nadie”.

“Excepto a las tres diosas”.

“Eso es simple justicia por el mal que causaron a su hijo, además, a nivel de karma finalmente resultará bueno para ellas”.

“¿No me estarás vendiendo la moto por encargo de la madre bruja?”.

“Sería incapaz de una canallada así”.

“Pues a las diosas sí que les has hecho canalladas, y la que aún te queda para hoy”.

“Ellas se lo merecen, son malvadas y crueles”.

Así quedó la cosa, al llegar a la fiesta la gente no se acababa de creer que Ángel fuera mi pareja, Elena estaba en casa esperando que Ángel la recogiera, hasta que alguien la telefoneó explicándole lo que había, llegó a la fiesta furiosa y descompuesta, al entrar lo primero que vio fue a Ángel bailando muy abrazado conmigo, su mirada de odio se fue convirtiendo en angustia y pena infinita hasta que rompió a llorar desconsoladamente y se marchó con paso vacilante a un rincón de la terraza, mientras las otras diosas cuchicheaban con lengua de víbora.

Al acabar el baile Ángel me preguntó: “¿Quieres venir a mi apartamento a ver el amanecer?”.

“Uuuu, eso suena a: Vamos a enrollarnos y pegar un polvo, y aunque sea verdad que mi novio me ha plantado no estoy de humor”.

“Veo que no te acabas de hacer a la idea de que lo mío contigo sólo será una amistad platónica”.

“Muy bien, pues veamos si es así, de todas formas, siempre estoy a tiempo de darte un rodillazo en los huevos”.

La velada fue perfecta, me prestó una de sus camisetas, que me servía de vestido, así estuve más cómoda que con el traje de gala, charlamos de mil y una cosas, y cuando le pregunté qué haría los próximos días me contestó: “Mi misión ha terminado, mañana ya no estaré aquí”.

“Vaya por Dios, las zorras dirán que también me has plantado a mí”.

Acercó las manos a su cuello y se quitó una extraña cadena de oro rojizo de la que colgaba una medalla más extraña aún con relieves negros y dorados, que siempre llevaba encima, la puso en mi cuello y dijo: “Con esto sabrán que lo nuestro ha sido diferente, llévala siempre contigo y si te

encuentras en un momento de duda, malhumor o depresión empúñala y recibirás mi ayuda”.

Vimos amanecer apoyados uno contra otro cogidos de las manos, nos bañamos desnudos en la playa para escándalo de alguna viejecita que paseaba al perro y finalmente preparó un desayuno perfecto con la habilidad de un gran chef, al notar que se me escapaba un bostezo comentó con una sonrisa: “Ya es hora de que las niñas buenas se vayan a la cama”.

“¿Y las malas?”.

“También”.

Metí mi vestido de gala en una bolsa y me acompañó a mi casa, al llegar le pregunté: “¿Entonces según tú no nos volveremos a ver?”.

Por toda respuesta tomó la medalla que lucía en mi pecho y respondió: “De alguna forma siempre estaré contigo”.

Siguiendo un impulso le tomé por la nuca y le besé, pero en esta ocasión no fue un piquito, sino un morreo de película, la sensación que noté fue indescriptible, de pronto comprendí porque Ángel no había querido hacer el amor conmigo y porque las tres diosas estaban locas por él.

Al acabar, me dijo con una deliciosa sonrisa: “Ahora sí que has sido un poquito mala”.

“No siempre se puede ir de buena por la vida, es demasiado soso”.

Dos días después fui a devolverle la camiseta, perfectamente lavada y planchada, pero el conserje de los apartamentos me dijo que se había marchado a su país y añadió: “Y nunca había visto a un joven dejar el apartamento tan limpio y ordenado”.

A lo que yo añadí: “Si es que es un Ángel”.

No tardé en enterarme de que efectivamente mi novio me había plantado cuando me dijo que tal vez deberíamos tomarnos un tiempo y esa serie de excusas que se utilizan si se quiere cortar suavemente, pero se quedó de piedra cuando le contesté: “No te enrolles, ya sé que tienes otro ligue, pero te haré una profecía, a la larga te hará un desgraciado e intentarás volver conmigo, pero te mandaré a la mierda”.

Sucedió tal cual al cabo de tres años.

Me costaba creer que Genaro fuera el hombre de mi vida, pero decidí arriesgarme a comprobarlo, siempre habíamos sido muy buenos amigos, pero sabiendo que yo tenía novio nunca había intentado pasar a otro nivel, y más con lo tímido que era, por eso se quedó muy extrañado cuando le telefonee diciendo: “¿Tienes algún plan para mañana?”.

“En principio no”.

“¿Y no podrías conseguir una barquita muy pequeñita?”.

“Un primo mío tiene un kayak doble, se lo puedo pedir prestado”.

“Perfecto, pues si me pasas a buscar con kayak y todo mañana a las nueve te llevaré a un sitio genial”.

“¿No se enfadará tu novio?”.

“Eso es lo bueno, ya no tengo novio”.

Al día siguiente allí estaba, puntual como un clavo con el kayak en el portaequipajes del coche de su mamá, como chica previsora que soy llevé una mochila con bebidas, bocadillos y una toalla enorme, le dirigí hacia la playa rocosa de la que habíamos partido con Ángel y remando tranquilamente llegamos a la minúscula calita casi privada.

Solo llegar le dije: “¿Qué te parece este lugar?, ¿A que es perfecto para sentirse libre y hacer naturismo?”.

Se puso rojo como un pimiento y balbuceó: “Bueno, sí, pero... Yo no sé...”.

“Tranquilo, si te da vergüenza déjate el bañador puesto, pero verme a mí no te dará vergüenza ¿Verdad?”.

“Nooo, tú siéntete libre y tranquila, yo ya procuraré no mirar”.

“Menuda idiotez, ¿Vienes conmigo a la playa y no vas a mirarme?, ¿Tan fea soy?”.

“Nooo, eres preciosa, era para no incomodarte”.

“Pues nada de eso, lo que me incomodaría es que apartaras la vista cuando yo paso, lo que has de hacer es: De buen principio me das un repaso visual de arriba abajo sin perderte detalle y así ya no hay problema”.

Una vez en el agua ya parecía menos azorado y hasta se atrevía a hacer alguna broma, pero al salir noté que se quedaba un instante y luego escapaba del mar a la toalla como si le persiguiera un tiburón, no pude por menos que sonreír, el pobre iba empalmado como un mono.

Se tumbó de espaldas a mi lado, yo le pasé un brazo por el hombro y le dije en plan picarón: “No me digas que no te molesta llevar ese trapo mojado empapándote los huevos”.

“Bueno... Si, tal vez”.

“Pues quítatelo anda, que no te voy a morder”.

Era divertido y patético ver como intentaba quitarse el bañador sin dejar de estar boca abajo para que yo no viera su erección, cuando ya lo llevaba casi por las rodillas me incorporé y se lo acabé de quitar de dos tirones.

Al cabo de un rato fui más perversa y comenté: “Ahora deberíamos ponernos boca arriba o se nos tostará el culo”.

“No, yo prefiero estar así”.

“No seas chiquillo, lo que te pasa es lo más normal del mundo, pero estando aquí solos tiene fácil arreglo, anda, ven encima de mí”.

“Pero... ¿¡Cómo voy a venir así encima tuyo!?”.

“Eso se llama hacer el amor, y no te preocupes que en mi caso no te compromete a nada, ¿O es que no te gusto?”.

“¿Gustarme?... Siempre me has gustado mucho porque eres más natural y autentica que las otras y sin tantas tonterías, siempre he estado loco por ti, pero como tenías novio...”.

“Pues déjate de rollos y ponte encima, con delicadeza”.

En cuanto dio un par de golpes de culo el pobre no pudo evitar el descargarme un chorro de esperma, al notarlo comenzó a disculparse, pero yo le corté diciendo: “Calla tonto, si es lo más normal del mundo, ¿Cuánto llevabas sin hacer el amor con una mujer?”.

“Toda la vida”.

“Pues vamos al agua a limpiarnos, ya verás como en la repetición funcionarás mucho mejor”.

Después del baño hice que me pusiera bronceador por ambas caras y cuando luego se lo puse yo, vi que ya estaba listo para la repetición, esta segunda vez tardó un buen rato en culminar y me regaló un bonito orgasmo.

La timidez de Genaro me excitaba enormemente, mucho más que la desenvoltura y desparpajo triunfal de mi antiguo novio, tenía razón Ángel al decir que era un diamante en bruto al que sólo haría falta quitarle un poco el polvo, cosa que ya había comenzado a hacer.

A partir de aquel día fuimos ya pareja inseparable, el cariño, la atención y ternura con la que me trataba hacían un contraste tan grande con el comportamiento del flamante teniente de la fuerza aérea, que a veces me preguntaba que había visto yo en ese chulillo y como había conseguido aguantarlo tanto tiempo.

En el curso siguiente se notó un cambio importante en la actitud de las tres diosas, además, si alguna se mostraba prepotente se oía por algún rincón una voz burlona que en un sollozo gritaba: “Áaaaaaangel”, y se le bajaban los humos de inmediato, a veces ni siquiera eso, alguien movía los brazos como si fueran alas y ya se daban por enteradas.

Probablemente era cierto que al final la experiencia les resultaría beneficiosa.

En una ocasión en que las tres ex amantes de Ángel estaban reunidas, Eva me dijo: “Al fin y al cabo tu también perteneces al club de las desechadas por aquel cabrón”.

Saqué del interior de mi blusa el medallón que las tres conocían bien porque nunca se lo quitaba y contesté: “No, porque ni fui su amante ni fui desechada”.

Se quedaron heladas al verlo.

Un día en que me había quedado a dormir en casa de Genaro, cuando me levanté, mi futura suegra me dijo que mi novio muy galantemente había salido a comprar para el desayuno los bollos de crema que a mi me encantaban, y aprovechando que estábamos solas me dijo: “Estoy tan contenta de ver a mi hijo tan feliz contigo y más después de lo mal que lo ha pasado, pero por favor, no le maltrates, si lo viera sufrir otra vez no sé lo que sería capaz de hacer”.

Sonreí, y mientras jugaba con mi medalla contesté: “¿Cómo qué?, ¿Enviarme un ángel vengador?, no te serviría, somos amigos”.

Dio un respingo al ver el medallón, no añadió ni una palabra más y nunca volvió a sacar el tema.

FIN